

LOS VERSOS DEL PACIENTE

Albert Garcia Hernández

Texto publicado en el número 9 la revista de psicoanálisis "Non Nominus" de México.

1.- Los recursos y los límites del lenguaje.

Una entidad cultural de Barcelona (España) organizó este año un ciclo de conferencias en las que una media docena de escritores eligieron a otros respectivos autores para glosarlos. Una ocurrencia singular: el autor habla del otro, o del Otro autorial.

El poeta Antonio Gamoneda optó por San Juan de la Cruz (1.542-1.591). Su intervención giró en torno a un par de versos del magnífico poeta místico: *Este saber no sabiendo...*¹ y *...un no sé qué que quedan balbuciendo...*².

El primer verso encabeza uno de los párrafos del poema:

*Este saber no sabiendo
es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber
a no entender entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.*

Gamoneda desarrolló su trabajo centrándolo en lo que sería una definición perfecta de poesía: “este saber no sabiendo”.

Pero no haría falta forzar demasiado las cosas para aplicar tal idea al inconsciente.

No cabe duda de que ese *saber* ha producido y produce páginas poéticas extraordinarias. Poemas que nos muestran, al menos, el circunloquio (el viaje circular por ese agujero, si quieren) empleado por el autor cuando ha tratado de resolver *eso* desconocido que le ha movido a escribir.

Y los místicos suelen ir más allá. Quizá les sería más aplicable la sugerencia de Freud citada en la convocatoria de este número de **non nominus**: *su testimonio ha de estimarse en mucho, pues suelen saber de una multitud de cosas entre cielo y tierra con cuya existencia ni sueña nuestra sabiduría académica*. En la buena poesía mística el autor sufre un proceso desgarrador por no encontrar las palabras que puedan definir un estado de ánimo o alguna de sus experiencias. Curiosamente, quien no encuentra las palabras para nombrar exactamente aquello que quiere decir nos regala un resultado de una belleza impresionante. Utiliza unos recursos estilísticos que conforman su propio estilo. Y, a veces, con los límites del decir y con los recursos para cercarlo, logra algo más: transmitir al lector la emoción original; le hace partícipe de ella. Se encuentran, ambos, en el lugar de ese *saber* con una lejana sensación de *sabiendo*. Participan en una posterior creación, propia de la autoría.

¿No hallamos en esto ecos del dispositivo analítico?

¹ “Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis de alta contemplación”

² “Cántico espiritual”

Sigamos con San Juan de la Cruz³:

*Por toda la hermosura
nunca yo me perderé,
sino por un no sé qué
que se alcanza por ventura.*

Aquellos analistas que gustan de encontrar huellas de su disciplina en el campo poético disfrutarán con estos cuatro versos de los que pueden extraer apuntes sobre la belleza, la sublimación, la pulsión, la contingencia.

Pero, cuidado, en el mismo texto (Gradiva), Freud advierte: “Es muy fácil establecer analogías y atribuir significados; ¿no seremos tal vez nosotros quienes introducimos secretamente en el bello relato poético un sentido muy distante de las intenciones del autor?”

So pena de correr ese riesgo, hagamos un breve recorrido por algunos ejemplos.

2.- De los poetas.

El enunciado de este número se dirige a la literatura. Me permitirán que prefiera circunscribirme a la poesía. Continúo pensando que es el género literario que más se acerca, por su capacidad de manejo de los recursos lingüísticos, al psicoanálisis.

Y me remitiré a algunos versos y poesías, dada la extensión lógicamente requerida por esta revista.

Encontramos entre los poemas de Roberto Juarroz:

*En el mismo pensar está el vacío.
¿Será una condición del pensamiento
o al revés es el pensar el que lo crea?*

En la poesía mal llamada popular, un autor porteño, Horacio Ferrer (Uruguay), frecuentemente musicado por Astor Piazzola, y a quien debemos maravillas como “Balada para un loco” (¿qué más quieren?), escribía una “Balada para mi muerte”. Cito uno de sus párrafos:

*Abrázame fuerte que por dentro
me oigo muertas, viejas muertas,
agrediendo lo que amé.*

El mismo Atahualpa Yupanqui desgrana estos versos en una de sus canciones:

*Le tengo rabia al silencio
por lo mucho que perdí.*

³ De: “Glosa a lo divino”

(...)

*Un día monté a caballo
y en la selva me metí
y sentí que un gran silencio
crecía dentro de mí.*

(...)

*A fuerza de ser callado,
callado me consumí.*

Sugere, ¿no? Y la selva... ¿qué selva? ¿De los significados? Pongámonos a delirar interpretaciones.

Así podríamos encontrar rasgos psicóticos en aquella frase, en boca de un músico de jazz, de Julio Cortázar en “El perseguidor”:

‘Esto lo estoy tocando mañana’, y los muchachos se quedaron cortados [...]. Johnny se golpeaba la frente y repetía: ‘Esto ya lo toqué mañana, es horrible, Miles, esto ya lo toqué mañana’ y no lo podían hacer salir de eso...

Y qué me dicen de unos tiempos lógicos (“Naranja en flor”, de Virgilio Expósito) como estos:

*Primero hay que saber sufrir;
después amar, después partir
y al fin andar sin pensamiento.*

Hay una poeta argentina extraordinaria (a mí me lo parece): Ana Becció. Vean cómo se las gasta:

Yo, a quien a veces llamo ella, porque a partir de ahora asisto a su reconocimiento, y que no es la otra porque no ha sido escindida, sino que es la que convive, la que no se guarece, la que habla.

Pero será su forma de escribir el amor el que puede acercarse más a ese *saber*⁴:

El amor se produce cuando se acaricia una textura, cuando con las manos, o con la boca, se relata. La boca acaricia con relatos, provoca texturas aquí y allá. Y en las texturas se puede leer. Pero casi nadie sabe leer.

*...Hay algo en los ojos de la amada que está quieto, detenido, a la espera. De esta espera se desprende un brillo, un resplandor que no deja ver bien. Cuando la amada abre los ojos, los ahueca, como quien con la mano recoge el agua de una fuente, y retiene en ellos la mirada que protege a todo su pasado. Quien la ama sabe que de esa región estará siempre ausente. Que no ha sido invitado, ni lo será.
De ese espacio es, precisamente, de lo que se ha enamorado.*

⁴ Becció, A. *Ronda de noche*. Taifa, 1987

Si me dejan continuar con mis preferencias, aquí tienen un fragmento de Olvido García Valdés⁵:

*... escribir el miedo es escribir
despacio, con letra
pequeña y líneas separadas*

Y aún más, el poema *Desde la palabra*, de José María Valverde⁶, empieza así:

*Por la palabra salimos,
y no hay monte ni árbol que no nos vaya hablando desde el horizonte,
como una frase en la leyenda de cada cual,
y aun las estrellas escriben constelaciones con nuestro alfabeto personal.*

Sin dejar la temática, veamos el poema XXVI de *El fulgor*, de José Ángel Valente⁷:

*Con las manos se forman las palabras,
con las manos y en su concavidad
se forman corporales las palabras
que no podíamos decir.*

En fin, unos pocos ejemplos. Comprenderán, por las mismas razones de espacio, que no traiga a Alejandra Pizarnik, de la que encontrarán cumplida cuenta cada vez que inicien un debate entre literatura y psicoanálisis.

3.- De los intentos.

Puedo colegir que la amable invitación a colaborar en esta revista se extiende a mostrar algo de lo propio. A poner “a cielo abierto”, en este caso, la producción poética. Muchos pacientes artistas suelen preguntarse o preguntarnos si no perderán inspiración por el hecho de analizarse. Ese *saber no sabiendo* que atribuyen a una cierta dosis de locura, que temen perder por un mayor conocimiento. En esos inicios pueden tranquilizarse si conocen algunos casos de artistas analizados cuya producción no sufrió merma alguna. Es un pequeño y amigable truco para que entren en la selva que decía Yupanqui. Eso y distinguir entre la lengua y el escrito.

⁵ García Valdés, *Caza nocturna*. Ave del paraíso, 1997

⁶ Valverde, J.M., *Poesías reunidas*. Editorial Lumen, 1990

⁷ Valente, J.A., *El fulgor*, Plaza & Janés, 2001 (Nuevas Ediciones de bolsillo)

Estando en el “trance” del propio análisis ensayé un acercamiento a ese recorrido que fraguó en un poemario en catalán que puede traducirse por “El viaje de la palabra”⁸. Traduzco algunos poemas:

AQUELLO QUE MÁS SE DICE

*Relámpago rebelde en la boca,
azote breve, visita intensa,
terremoto del sentido,
traducción íntima, error que acierta,
nombre de una ráfaga sedienta
de rosa.*

*Un vocablo ha atravesado lo que hemos dicho
-desobedeciendo la querencia-
como una grieta seductora
que enlaza risa y
zozobra.*

REPETIR EL AMOR

*El malentendido, que el otoño desnuda,
agosta la hierba que la pasión reverdecía.*

*En un lecho de dos, despiertan invitados
ausentes en primeras nupcias.*

EL PUERTO QUE NO ANCLA VOZ

*Olvido de toda causa
el primer grito.
Inicio de retorno.
Y, en la ida, oficio de muerte
es malgastar el habla.*

*El viaje de la palabra...
vela de soledad
sobre la ola amarga.
Para todos naufragio
y, a la vez, isla que niega
el aislamiento.*

⁸ Garcia i Hernández, A. *El viatge d'allò que és dit*. España, Ediciones Bromera, 2002

Fue más tarde que seguí en esa dirección, empujado por esa incógnita que recibe diversos nombres, incluso diagnósticos, si me permiten la broma, y que concluyó en otro poemario (éste inédito) que titulé “Palabras como remedios”, vean un ejemplo:

*La esmeralda cultiva su nostalgia de pétalos
en el color de las cosas perdidas
cuya pertenencia nunca existió.
Como la piedra que exuda hermosura,
un musgo de palabras aceituna
el sudario que amortaja el sentido.
Te confieso evidencias que no logro atrapar.
En el lecho donde se aplazan los sueños
deposita una sal sus larvas de aventura.
Vi un entorno como el vuelco de un látigo
y tuve que volver al mar
para imitar su movimiento.
La luna recorría todo con su pálido asombro
y copiaba en sus gajos
rasgos, caligrafía de posesos,
reflejos de retorno en plenilunio.*

O este otro:

*Con esa imperceptible manera de aparentar un cambio
cabalغان los recién nacidos
a lomos de las sílabas que toman por regalos.
En la vitrina de sus ojos se acumulan objetos
que vibran como un viento.
Allí, la fisura duerme con inquietud de ciervo
en el cristal que ha de romper
la lengua que ordena cada sujeto.*

*Un niño está soñando y agita su cuerpo:
mira cómo balbucea tormentos de adulto.*

Esto fue a más, y en futuros escritos iba introduciéndose ese eco escuchado, por lo visto, toda la vida. En el último poemario, *Tres días*, aparecían rasgos de su insistencia. Aporto también algún ejemplo:

*Cuando se lleva años de vuelo en las promesas
y se descansa, sentado en un banco,
se pierde el gusto que hubo en abrir los ojos.
Lucen las máscaras su maquillaje crueldad.
Ese tiempo infinito en el pozo del espejo*

*que el deseo, advertido, ya no quiere celebrar.
Aun así, no cesa la búsqueda
de la herida en el rostro.*

Fue por la preocupación al observar una perseverancia melancólica en muchos de los hablantes, que quise reflejar algo de mi extrañeza:

*Hay una multitud rebuscando en el saco de las palabras.
Palabras viejas, sintaxis, sinsorpresas, desplazamientos.
Las toman, se las prueban, y abandonan.
No sirven.
La tristeza de cada uno se siente única
y cualquier diccionario es poco.*

*No hay para tanto. Todo es mellizo en la tragedia y aburre
y avergüenza a los pocos minutos.*

*Mas, ¿cómo transmitir los únicos,
los irrepetibles instantes de la alegría?
Ahí se extiende el desierto de la escritura,
la solitaria lucidez, la afonía del entusiasmo.
Dolor es dejar inédito el sindolor.*

Son tiempos en que algo que quieren llamar comunicación se establece virtualmente:

*No deberían acercarse a la soledad
y preguntar por una plaza, por un comercio.
Se arriesgan a que se les una el interpelado.
Aunque así debería ser,
si la gente a la calle sale
ignorando el destino.*

Tanto como la ausencia de un compromiso dual en el amor (De *Palabras como remedios*):

*Una ventana azul hace frío
que tiembla a diez metros.
No arriesga su luz rebasar el trecho
por miedo a los accidentes de tráfico.
Así el amor, demorado por temor,
se suicida por causas de espacio y de tiempo.*

Dejo aquí mi aportación y mis sospechas sobre si realmente lo escrito responde a la idea que palpitaba previamente. Es labor del lector concluir ese ciclo que con él acaba. Ver los trazos expuestos hasta aquí, tanto de los poetas citados como de los poemas de quien esto escribe, y escuchar, **pacientemente**, sus resonancias, sus horizontes, incluso,

(permítanme otra broma: si la deformación profesional no cesa) sus enunciaciones tras los enunciados.

Con todo, cabe preguntarse si, tanto en el caso de las poesías citadas como en las propias, se vislumbra algo más que su relación con el campo del psicoanálisis. O, si a pesar de ello, se sostienen como creación poética, ya que la invasión de un campo por el otro es un desatino.

En el viaje de retorno, es decir, allí donde los poetas leyeron a Freud y escribieron a partir de su lectura, la pregunta es tan procedente como la anterior. Dejando al margen el testimonio histórico que cada caso pudo suponer (piensen en el surrealismo), la pregunta sobre un género poético originado después de Freud sigue vigente. Porque sigue dinámica la relación de los dos campos, como hemos visto anteriormente.

Exagerando: ¿no es más “psicoanalítica” la poesía de San Juan de la Cruz que la de muchos poetas contemporáneos?

La disección psicoanalítica en la que se embarcan algunos, con una alegría en el mejor de los casos temeraria, para llegar incluso a diagnosticar o establecer estructuras sería el reverso del peligro de los poetas “psicoanalísticos”.

4.- Los versos del paciente.

Si uno no pretende entrar en más matices, hay algo que se puede afirmar sin duda. ¿Qué es lo común del psicoanálisis y de la poesía?: la falta de prisa. Digo “prisa” en el sentido fuerte que ha adquirido en la sociedad contemporánea.

Iniciar un psicoanálisis en las llamadas sociedades de tecnología más o menos desarrollada es ir a contracorriente: se esperan resultados rápidos y de eficacia probada. No hace falta extenderse en eso.

También para leer poesía hay que buscarse el tiempo, dejarse sumergir en el lago de sus evocaciones. Pocas veces se lee un libro de poesía y se tira, la tendencia es a conservarlo, a releerlo en otra ocasión. Esto debe irritar a las editoriales, a juzgar por el desprecio y sus síntomas: siempre verán los premios de narrativa dotados con el doble, triple, o más dinero que los de poesía, por ejemplo. La lectura (y el malestar), dirigida a ser un objeto de consumo más, necesita productos de uso fácil, rápido y sustituible. No es el caso de la poesía. Tampoco de los poetas. Los poetas son pacientes.

Hablábamos antes del acercamiento del psicoanálisis a la poesía.

Hablemos ahora del camino inverso, cuando el psicoanálisis crea poesía.

Ignoro cuál es la experiencia de cada uno pero en ocasiones, comentándolo con otros colegas, nos hemos sorprendido por la capacidad poética de algunas frases de los analizantes. Con la paciencia requerida en su análisis, los pacientes hacen versos. Y les recomendaría que los leyeran pausadamente, para degustarlos.

En la re-construcción de la novela familiar, he oído frases como estas:

“Mi problema de siempre: ser la traductora de mis padres”

“Estoy necesitando ayuda de mi padre porque estoy ayudando a mi madre”

“Si hay algún familiar, no puedo manifestar mi amor”
“Ante mi mamá soy un producto inacabado”
“Cada ladrillo que construyo se convierte en ladrillo hueco por ella”
“Mi padre sólo me miraba cuando yo hacía cosas mal”
“La presencia de mi hermana pone como en entredicho mi feminidad”
“Estos días he devuelto las responsabilidades de cada uno”
“Mi padre nunca supo perder el tiempo”
“Mi hijo y yo no hemos sabido romper la unidad”
“No sois los hijos que quise tener”
“¿Son tus hijos?, –preguntaban a mi padre– No, son los hijos de mi mujer”
“Quizá me portaba mal para que al menos me riñese”

Otras frases, otros versos, tenían que ver con el lazo social:

“Pido a cambio de dar que no me den y encima que se vayan”
“Él se colocó en un lugar que no sé”
“Tengo buena relación con la gente sin nombre, la gente invisible”
“Me resulta insoportable esa parte que no sé de los hombres con quienes voy”
“No me pidas que no piense en voz alta ni que me suba a un taburete”
“Me niego todo porque te permites lo que quieres”
“Yo sabía lo que los otros no veían”
“Antes su mirada era la mirada absoluta. Me dejaba sin punto de vista”
“A un poeta no puedo valorarle sin estar de rodillas”
“He peleado conmigo para no pelear con ella”
“Si el otro es todo para ti, tu te quedas sin nada”

O con el amor:

“Yo soy lo que él anula”
“Me ofreció su vida, le entregué mi muerte”
“No sé si estamos juntos porque coinciden una serie de patologías”
“No hago bien el amor con la luz. Se ve todo”
“He perdido la habilidad del noviazgo”
“Le di mi cuerpo quedándomelo para mí”
“Me costó mucho no tenerla contenta”

Pero hay más:

“Dormiría siempre pero temo que se me acabarían los temas a soñar”
“Me gustaría algo relacionado con los conciertos, detrás de los escenarios”
“No tengo sitio como a errores en mi vida”
“Estaba tan feliz que me daba vergüenza”
“Encontrar algo que nunca fui”
“Hice un pacto con el miedo”
“No me merezco perder tiempo”
“El sueño no puede hacerse cargo de mí”

“Un lugar obvio, pero que no me vean”
“Me gusta la lluvia, se acerca a mis síntomas”
“En la escritura tengo los mismos límites que en la vida”
“Jefes: les falta lo que hace falta”
“Tienes que cerrar la puerta porque vienen todos a tirar su mierda; tienes que ser deshecho para ser útil”
“Cuando la gente se relaja, sale la lengua maternal”
“De adolescente, la noche estuvo muy castrada”
“Tengo la sensación de que es la primera vez en mi vida que decido algo; hasta ahora la vida me ha llevado”
“Ahora pongo las cosas en su sitio, pero sigo descolocada”
“¿Qué me faltó o que me sobró?”
“Construyo el escenario perfecto para que se cumpla mi miedo”

Podría tratarse del índice de una antología, compuesto por el primer verso de cada poema. A poco que un poeta se dedicara, podría continuar con una poesía después de cada frase. Y hay algunas a las que no les falta más añadidos.

Este es el material con el que trabajamos.

No hace falta ir muy lejos, tenemos a los poetas en la consulta.

Sólo hay que escucharlos y, muchas veces, aprender de *este saber no sabiendo*.

Barcelona, julio 2008